

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

El consumo de drogas entre el duelo imposible y las identificaciones fallidas.

Llull Casado, Veronica.

Cita:

Llull Casado, Veronica (2014). *El consumo de drogas entre el duelo imposible y las identificaciones fallidas*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/661>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/Reg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CONSUMO DE DROGAS ENTRE EL DUELO IMPOSIBLE Y LAS IDENTIFICACIONES FALLIDAS

Llull Casado, Veronica

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El siguiente trabajo intenta pensar el consumo de drogas en su relación con el duelo y la falla en las identificaciones constitutivas del sujeto. El objeto perdido organiza para Freud (1901) la dinámica del deseo en el sujeto. La inscripción de la falta de objeto en términos de pérdida implica el registro simbólico. Ahora bien, es preciso que, a esa falta, horadada en lo real desde lo simbólico, se le permita la inscripción en lo imaginario. ¿Qué ocurre cuando esto no es posible? Este trabajo se propone pensar cierto consumo de drogas en una estricta relación con los efectos de melancolización como saldo de un duelo imposible.

Palabras clave

Adicciones, Duelo, Identificaciones

ABSTRACT

DRUG CONSUMPTION DUEL BETWEEN THE IMPOSSIBLE MOURNING AND FAILED IDENTIFICATION

This paper aims to think drug use in relation to grief and failure in the constitutive identifications of the subject. The lost object organized the dynamics of desire in the subject. The lack of registration of order in terms of loss involves the symbolic register. Now it is necessary that this lack drilled into the real from the symbolic, is allowed registration in the imaginary. What happens when this is not possible? This paper proposes some think drug use in strict relation to the effects of balance melancolización as an impossible mourning.

Key words

Mourning, Identification, Drug consum

Introducción

El siguiente trabajo intenta pensar el consumo de drogas en su relación con el duelo y la falla en las identificaciones constitutivas del sujeto. La referencia clínica dispara en este caso los interrogantes.

Desarrollo

El objeto perdido organiza para Freud (1901) la dinámica del deseo en el sujeto. Es a partir de la inscripción de esa pérdida que el aparato puede funcionar regulado bajo la lógica del principio de placer y en el campo del deseo. El deseo es efectivamente para el autor esa moción regresiva que pugna por recuperar la experiencia perdida.

Ahora bien, lo que el aparato inscribe como pérdida no es más que la falta de objeto (Lacan, 1956). Es decir, que no hay en el campo del lenguaje objeto que pueda responder en términos de satisfacción sino de modo parcial, eso es lo que es leído a partir de la operación de represión primaria como pérdida (Lacan, 1958). Es decir, la pérdida implica como tal una operación de lectura de la falta.

La inscripción de la falta de objeto en términos de pérdida implica

el registro simbólico. En tanto, tal como plantea Lacan, en lo real, nada falta. Es a partir de la lectura operada desde lo simbólico que es posible inscribir un agujero en lo real. Ahora bien, es preciso que, a esa falta, horadada en lo real desde lo simbólico, se le permita la inscripción en lo imaginario. Es decir, es preciso lograr también producir un agujero en lo imaginario (Amigo, 1999). Agujero que en lo imaginario es socavado desde lo simbólico mismo.

¿Qué ocurre cuando no es posible operar esa pérdida en lo imaginario? ¿Es decir, qué ocurre cuando no es posible inscribir un -phi, cuando no es posible constituir un imaginario no especular que conecte con un S1 y oriente al sujeto con relación al deseo del Otro permitiéndole al mismo tiempo, su separación? ¿Y acaso no hay que decir que no es otra cosa que esto el trabajo que implica la función del duelo? ¿Acaso dicho trabajo no conlleva la realización de la operación de castración articulada a la privación que como tal reactualiza la pérdida? (Bauab, 2012; Cancina, 2012)

Quizás haya que pensar al consumo de drogas en una estricta relación con los efectos de melancolización como saldo de un duelo imposible.

Recorte del caso

Dolores tiene 26 años, es una de las mayores de nueve hermanos. Arroja en la primer entrevista lo que empezará a delimitarse como la lucha contra un cierto empuje: dice llorando amargamente. “No quiero drogarme más”. Consume desde los diecinueve años. Interrogada en relación a este punto, liga su iniciación a lo que sitúa como la separación de quien fuera su “primer hombre”, el padre de sus dos primeras hijas.

El modo en que relata el momento de su iniciación en el consumo de drogas es verdaderamente significativo. F. su pareja hasta entonces, cae preso. Luego de varios meses desde la detención, el hermano más chico de Dolores le vende a ésta una cierta información: “veinte pesos me costó enterarme que F. me engañaba”. Según refiere, la noticia comprada a su hermano hacía mención a la infidelidad de F. con otra mujer. Es allí donde Dolores ubica su iniciación en la droga. Ella había permanecido con él durante cuatro años de convivencia, viéndolo drogarse, sin participar por entonces del consumo. Al recibir la noticia sobre el engaño interroga a F. sobre la veracidad del comentario y en el punto en que éste asume su infidelidad y le manifiesta. “hacé tu vida”, ella sitúa al respecto: “ahí decidí probar cómo era eso por lo que me dejaba”.

Dolores se ubica como una mala madre: “una hija de puta”. Tiene cinco hijos. De cuatro hombres distintos. Cuando ella se droga no los ve. A ellos los cría su madre. Piensa qué hará cuando salga. Teme volver a consumir. Piensa que si no va a su casa se va a internar en la villa y eso la conduce siempre al punto del consumo. Formula entonces el conflicto: a su casa le cuesta volver. Allí está su padre. Éste abusó de ella cuando era una niña de once años. Le pregunto si ha contado esto antes. Sólo una vez pero no ha vuelto a hacerlo desde entonces. “Se lo conté a un chico pero se enojó tanto que quería ir a matarlo. Desde ahí no lo conté más”. Ubica entonces

la razón de su silencio: “es mi papá y aunque haya hecho eso yo lo amo”. Redobra el argumento de la justificación: “él en esa época se drogaba y tenía otra mujer además de mi mamá.”

No quiere decir por vergüenza –según afirma luego– que le había contado a alguien más el abuso sufrido. Se trata de su madre. Define a ésta como “tapadora, negadora”.

Ubica entonces el abuso sufrido en primer lugar a los 9 años, luego a los 11, por parte de su padre, y finalmente, a los 12 por parte de su tío paterno. Respecto a esto último dice: “me abusó mal”. Interrogada acerca de el “mal”, responde: “para minimizar lo de mi papá”.

Empieza a perfilarse entonces alguna versión del padre: éste violó a su hermana menor cuando ésta tenía doce años. A Dolores sólo la manoseó. Tal es la diferencia que ella ubica con relación a los episodios. Fue su padre según refiere quien las indujo a la delincuencia. Él robaba y se drogaba. Al tiempo que ubica que las preservó de la prostitución. Su transmisión es resumida por Dolores de la siguiente forma: “con mis hermanas teníamos dos caminos, trabajar o robar, pero no prostituirnos. Mi papá tenía chicas que trabajaban para él. Mi mamá a veces era una de ellas. Pero a nosotros no nos dejó meternos en eso.”

Respecto de su madre ubica la función de ésta con relación a los abusos. Del abuso de su tío, habló en el momento en que sucedió para evitar que la envíen a su casa. Ella dice “mi mamá pensaba sacarme de encima mandándome a la casa de él, y ahí le tuve que decir lo que había pasado para que no me mande”. El abuso paterno fue explicitado a su madre recién a los 19 años. Su madre le contestó que debía estar sobria para que le creyeran. El plural usado por ésta la exime de responsabilidad y pareciera dejarla a los oídos de Dolores en un lugar de inocencia antes que de complicidad. Su madre le dijo que ella está más tranquila sabiendo que Dolores está encerrada en la cárcel. Se afana en aclarar que al principio esto le hizo ruido pero que luego comprendió que su madre se preocupa mucho por ella. Ésta le dijo: “cuando estás afuera yo estoy esperando que me digan que te pasó algo malo”. Apertura hacia la interrogación del deseo materno. Escucha la equívocidad. La desmiente rápidamente.

El efecto de una interrogación suspendida permite sin embargo desplegar otra pregunta crucial. ¿Qué lugar para Dolores? Si su casa implica un lugar de conflicto en relación con un padre no sujeto a la ley, si el afuera de ésta conlleva el riesgo de la muerte, pareciera que el único lugar posible sea el del encierro. ¿Será posible interrogar esto de modo tal que se habilite el encuentro de otro lugar?

Comienza a desplegar una respuesta: teme drogarse al salir en libertad. Hay un chico que le gusta mucho y a quien tiene muchas ganas de ver. Él se droga. Puede imaginar que si va a su encuentro, esto implicará una recaída.

Dolores se apresura entonces a conducir la interrogación hasta el lugar del cierre de la escena: pide una conclusión. Recurre entonces a la didáctica en términos de una herramienta que permita delinear los bordes del enigma. Le ofrece el artificio lacaniano sobre los tiempos lógicos. Instante de ver; tiempo para comprender; momento de concluir. Interrogo: por qué se apresura entonces en efectuar la operación de conclusión. Vuelvo a insistir: ¿qué pasa con su posición en el lugar del intervalo, en el intermedio? Dolores afirma: “entiendo, nosotros estamos en el tiempo de comprender”. Su respuesta parece ubicar el punto en que se sitúa su primer intento de relación al inconciente. Empieza a dibujarse en transferencia alguna escena dentro de la cual inscribir su posición deseante, a partir del lugar ofrecido allí para el encuentro con la dimensión pulsional. Tiempo por ahora de no anticipar ninguna conclusión apresurada.

No obstante, la contingencia hace aparecer la repetición. Le anuncio mis vacaciones, y mi vuelta en dos semanas. Protesta en demasía, declara que no me puedo ir. A mi regreso ya no pide entrevistas. La llamo y no asiste. Hasta que en un encuentro logrado a partir de una invitación insistente explica que le cuesta retomar. No puede desde entonces sostener el espacio con la continuidad con que venía haciéndolo.

En medio de este cuadro, el juez le concede la libertad bajo una condición explícita: la realización de un tratamiento de rehabilitación de las drogas. Dolores acepta fugándose del centro de puertas cerradas al día siguiente a su internación. Luego de seis meses de permanecer en la clandestinidad, tal como lo ella nombra lo que considera fuera su estado durante ese tiempo, la joven reingresa al establecimiento penal psiquiátrico.

En la entrevista de reingreso, D. relata lo que fuera la ocasión de su detención. Encontrándose en la puerta de su domicilio, la joven asiste a una escena que la subleva. Presencia cómo personal policial captura a dos jóvenes vecinos suyos. Es entonces cuando ella increpa al agente policial desafiándolo: “*agarráme a mí, pero a ellos dejálos*”. Dolores se apresura a aclarar en su relato que se trataba de pibes “*sanos*” (“*roban sí pero no se drogan*”). Recuerda con cierta inquietud que, mientras ella desplegaba su interpelación a la autoridad, otro de los agentes de policía, compadeciéndose de ella le dijo: “*andáte morocha que todavía estás a tiempo*”, respecto de lo cual, ella se interroga, “*y yo no me fui, me quedé ahí, me hice detener, no sé por qué*”. (hace el gesto de ofrecer sus brazos para que la esposen).

Dolores transcurre un largo lapso de tiempo encerrada en su celda, negándose a asistir a las entrevistas. El día de su cumpleaños me acerco a saludarla a su celda. Pide hablar. Es entonces cuando refiere estar mejor. Su madre ha venido a verla luego de varios meses de no hablarle, enojada como estaba por su arresto. Una de sus hijas le ha escrito una carta. Es entonces cuando ella relata lo sucedido con posterioridad a su fuga.

Luego de aquel episodio, Dolores permaneció un mes sin consumir drogas. Dicha abstención fue interrumpida luego del encuentro con quien fuera su primer hombre, aquel por quien ella refiere haberse iniciado en el consumo de drogas. Este muchacho, actualmente rehabilitado, que se encontraría trabajando en relación de dependencia, no habría hecho otra cosa más que ofrecerle la posibilidad de un préstamo. Ofreciéndole dinero prestado para que Dolores pudiera armarse un puesto en una feria. Al día siguiente del encuentro –y del ofrecimiento– la joven retoma el consumo de drogas. Nuevamente, aparece allí la pregunta. Para ella, el enigma. Siguiendo su acostumbrada modalidad, Dolores responde con una versión del deseo del Otro. “Él quiere que me rescate”.

Retoma cierta continuidad en las entrevistas. Empieza a interrogar el lugar de la droga en su economía psíquica. Describe a la droga con las características de una persona. Por momentos parece situar a la droga en el lugar de la Otra. Le señalo estas características. Propone: “*la droga tiene identidad, es como que existe. Hay que quitarle a la droga esa identidad*”. Efectivamente la droga toma cierta consistencia para Dolores. Aparece articulada a lo que ella llama el agujero, el vacío, el abandono materno. La droga evita que ella registre al Otro. La droga entra con las entrevistas en la vía del sentido. Dolores ubica con claridad el modo en que al nacer su primer hija, ella no podía alimentarla, sentía por ella un profundo rechazo, no quería cargarla, ella sólo quería estar con el padre de la niña. Un día su madre le dijo llorando que no podía entender cómo podía comportarse así. “*Desde ahí me aferré a ella compulsivamente*”. Algo en la modalidad vincular interpone la compulsión en el lugar

del deseo regulado por la falta. Cuando comenzó a drogarse dejó a sus hijas y ya no le importó.

Está cansada de su soledad. Se siente sola. Piensa que lo está porque no recibe visitas. Piensa que esto es así (lo ubica con respecto a sus hermanas, no en relación a su madre o su padre) porque ella los defraudó. Volvió a drogarse. Ella había prometido no hacerlo y reincidió. Modo de sostener la respuesta respecto de su lugar en el Otro.

Aparece en ella la pregunta: que es para los otros que no vienen a verla. Comienza a desplegar su pregunta por su lugar en el deseo del Otro. Intento ligarlo a su venida al mundo (ella misma ubica allí el dolor de su madre por la pérdida de su hijo). Le digo que esto no habrá sido sin consecuencias, tanto para ella, que lleva un nombre que da cuenta de esto, como para sus hermanas. ¿Cómo habrá podido ella venir a alojarse en el deseo de su madre? Ella entonces recuerda lo que decía su padre. "vos viniste a llenar un agujero". Su formulación: "yo tengo un gran agujero en el alma. No sé como llenarlo. Ni con cinco hijos ni con todos los hombres, nunca lo pude llenar".

Dolores enuncia: "hablemos del agujero. Yo no me quiero caer más ahí". Su madre no podía sostenerse en la vida. Dolores declara: "si no podía sostenerse ella cómo nos iba a contener a nosotros para que no nos cayéramos."

Una pieza faltante

En el transcurso de los encuentros con Dolores tengo oportunidad de entrevistar a la madre de la paciente. Se trata de una mujer de 55 años, cuya mejor descripción cuadra con lo que podría calificarse como una mujer cansada, arrasada por el dolor, sometida a algún padecimiento tristemente conservado... devastada. Vástago, hijo. Dos hitos marcan la historia que esta mujer tiene para contar.

Dos años antes de nacer Dolores muere un hijo de esta mujer, un niño de tres años que pierde la vida en un accidente doméstico que parece sumir desde entonces y para siempre a su madre en la tristeza. El niño cae a una acequia, existente en el fondo de una casa de una provincia del interior (M.) donde la familia vivía antes de mudarse a BSAS.

La madre de Dolores dice con relación a este hecho que el padre de la joven siempre le dirá que ella vino a tapar un agujero, agujero cuya referencia la madre ubicará como el dolor por la muerte de este niño.

Teniendo D. 15 años su madre parte nuevamente hacia M., lugar de residencia anterior, dejando a la joven al cuidado de sus parientes. Lo hace, según refiere, por indicación del médico, a partir del diagnóstico realizado por entonces sobre el hermano de Dolores. El joven, dos años menor que ella había comenzado a consumir drogas. Su madre decide viajar con él para alejarlo del entorno que lo arrasaba hacia el consumo. Dolores se precipita en una relación con quien luego señalará como causa de su iniciación en la adicción.

Parece que Dolores no tarda mucho tiempo en orientarse rápidamente acerca del deseo materno. Se precipita a concluir qué es lo que quiere su madre y se ofrece toda allí para colmar la falta inconmensurable de un hijo muerto. Identificada al niño caído, hace del objeto resto, su modo de vida.

Vale entonces la pregunta: ¿constituye la droga en este caso, un elemento que Dolores toma en la línea de las identificaciones? Es decir, ahí donde las mismas no parecen constituirse al modo histérico, ¿será acaso que la droga viene a representar para Dolores algún camino en la orientación respecto del deseo del Otro?

Conclusión

El consumo de drogas puede estar vinculado a una patología del duelo que de cuenta de un cierto fracaso en la constitución de las identificaciones y de la falla en la operación de separación. En el recorte tomado como referencia clínica, resta la inscripción del objeto perdido en el campo imaginario. La no inscripción del -phi, es decir, la falla en la operación de castración no logra operar la lectura de la privación que implica la pérdida de un hijo haciendo fracasar por tanto el trabajo del duelo, y con este, la falla en la identificación constitutiva del narcisismo del sujeto.

BIBLIOGRAFIA

Amigo, S. (1999). Clínica de los fracasos del fantasma. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Bauab, A. (2012). Los tiempos del duelo. Buenos Aires: Letra Viva.

Cancina, P. (2012). El dolor de existir y la melancolía. Buenos Aires: Letra Viva

Freud, S. (1901). La interpretación de los sueños. Obras Completas. Vol V. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Lacan, J. (1956). Seminario IV. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1958). La significación del falo. Escritos II. Buenos Aires: Siglo XXI editores.